

EL GRIMORIO
DE PAQUITO

VÍCTOR CANICIO

EL GRIMORIO
DE PAQUITO

El grimorio de Paquito
Colección Atenea, 10
© Víctor Canicio

© De esta edición:
Editorial Montflorit. Trobador, 4.
08290 Cerdanyola del Vallès

Diseño de la cubierta: Kira Riera

Fotografía de la solapa: © Mireia Canicio

Impreso en Gramagraf, SCCL.
C. Corders 22-28. Badalona
ISBN: 978-84-15057-16-1
D.L.: B-34743-2011



Cerdanyola del Vallès, 2011

De todo lo que ignoras te aprovechas.
Francisco de Quevedo

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO 11

San Juan de la Cruz, el doctor Kroete y don Ángel de Calasanz en la terraza de Villa Zarina – El Mirador de Peñíscola – La condesa madre, su hija Gertrude y Franz Eigner, residentes en Villa Garbanzo – Santa Bío-Margarita del Mar – Las palmeras del Paseo Marítimo – La tertulia del Faro de la playa de les Fontetes – El conde *** de la nobleza de Pomerania y la hija del conde – *Paquito* medita en su monasterio budista de la India – Los caminos de la materia – En La Cueva de Alí Babá – Kroete y Tunnikar Hamdi le llevan flores amarillas a *Lola Todoterreno*

CAPÍTULO SEGUNDO 49

Una biografía agitada – La condesa madre y los ataques de verborrea de Kroete – Las neuronas de don Ángel y los métodos del doctor Cornejo – El poeta lírico Manuel Salmón, su novia Pilar, doña Finín y el ex comisario Pus – Jesús María Costa Ferrer, fundador de la gestoría contestataria El Anticristo – El apóstata Marcelino Sandalias – El *tsunami* del día de san Juan y la trágica muerte de la Zarina en Tallin – Constantino Cornejo asesina a su esposa con música de Wagner – Sobre la luz mediterránea y Sorolla – Don Ovidio Morales, cura párroco de Santa Bío-Margarita del Mar

CAPÍTULO TERCERO

91

Breve defensa de las manifestaciones folclóricas – *Paquito* sufre un accidente de moto – La CICER ARIETINUM FOUNDATION – La condesa madre combate a las hormigas – Sobre el humor negro de otras tristes épocas – Tontos de pueblo – Leonardo Pus vuelve a sentirse deprimido – Manuel Salmón escribe una poesía no del todo mala – *Doña Juana la Loca* y *Pepito Grillo* – El doctor Kroete se siente enfermo – La granja de los monos

CAPÍTULO CUARTO

119

De la realidad y la ficción en los textos literarios – El médico Vallbona diagnostica un cáncer de próstata – El doctor Kroete y los *grimorios* – Manuela Vargas del Carpio llega desde la lejana Holanda al Mirador de Peñíscola – Redacción de un prólogo – En el bar La Horchata de Chufa, Pilar decide ayudar también a Kroete – Franz Eigner se confiesa a regañadientes – El poeta lírico Manuel Salmón empieza a enamorarse de la montaraz Manuela (como casi todo el mundo)

CAPÍTULO QUINTO

143

El *modus vivendi* del maestro nacional Florencio Montes – Un diagnóstico confirmado – Manuela entra en acción – El doctor Kroete recurre a un sanador de la vecina Alcaroz – En La Cueva de Alí Babá, *Lola Todoterreno* consuela al ex comisario Pus – Los diablillos rebeldes

CAPÍTULO SEXTO

159

En la CICER ARIETINUM FOUNDATION, el doctor Kroete informa a *Paquito* – Jesús María Costa Ferrer se interesa también por los aspectos comerciales del *Grimorio* – Para hacer reír un poco a la montaraz Manuela – Muere en la lejana Pomerania del Norte la señora madre de la condesa – Una novela necesita un medio estimulante

CAPÍTULO SÉPTIMO

173

Obsesiones de un obseso – Las fiestas patronales de Santa Bío-Margarita del Mar – Historia del difunto Pastanaga – Llega Valentín Gurriezo procedente de su monasterio del norte de la India – La visita de Satanás – El doctor Kroete intenta fallecer en compañía de los suyos

CAPÍTULO PRIMERO

La condesa madre, Gertrude y Franz Eigner en el Mirador de Peñíscola – Santa Bío-Margarita del Mar – Las palmeras del Paseo Marítimo – La tertulia del Faro de la playa de les Fontetes – El conde *** de la nobleza de Pomerania y la hija del conde – *Paquito* medita en su monasterio budista de la India – Los caminos de la materia – En La Cueva de Alí Babá – Kroete y Tunnikar Hamdi le llevan flores amarillas a *Lola Todoterreno*

EN LA SEÑORIAL TERRAZA de losetas azul cobalto que unía Villa Zarina y Villa Garbanzo, Franz Eigner, después de su caída de la Harley Davidson cerca de Tronchón donde hacen muy buen queso, contemplaba el Universo en expansión e intentaba comprender algo mejor, a simple vista, las curiosas relaciones entre lo más grande y lo más pequeño, es decir entre el macrocosmos y el microcosmos. Sin ópticas adicionales y con ayuda de la lírica difusa que tendía hermosos puentes poéticos entre ellos. Disfrazados de metáforas.

—Este chico tuyo, Gertrude, desde que se nos cayó de la moto, ha cambiado —sentenciaba la condesa (una noble señora de algunos años bastante bien llevados, con escasos kilos de más en las nórdicas caderas).

—Y ahora dice que quiere ser mecenas y lo será porque lo conozco —respondía Gertrude mientras trataba de abanicarse con un *paypay* barato y poca gracia—. Nació en Hamburgo y tiene la cabeza muy dura.

—Del dicho al hecho siempre hay un buen trecho, hija mía —le recordaba la condesa—. Esta tarde nos vestiremos de jardineras, como hacíamos en palacio, podaremos los rosales de la terraza y exterminaremos los pulgones con un *spray* de confianza que me recomendaron hace poco en la Cooperativa Agrícola de Santa Bío-Margarita, aunque no resulte excesivamente ecológico

—Es posible, pero *Paquito* ya está buscando posibles cómplices entre sus amigos. Y cuando se le mete una idea entre ceja y ceja...

A veces Franz distinguía al anochecer, o a la vacilante luz de una linterna —cuando había llovido—, la húmeda huella de un majestuoso caracol que avanzaba un poco más allá con las antenas desplegadas y al verlo se alegraba. Tal vez porque sabía que después del aguacero iba a recibir nuevos mensajes de las galaxias helicoidales de las que era embajador.

Gertrude, de joven, había sido guardiamarina en la Escuela Naval de Kiel. Conoció al banquero hipotecario Franz Eigner en una aristocrática cacería celebrada en el norte de Pomerania, en los intermi-

nables bosques que rodeaban el palacio familiar del conde ***, cerca del Báltico, y se enamoraron de inmediato sobre el terreno (al pie de un abedul). Con prolongadas consecuencias apreciables aún en Villa Garbanzo.

—Mi pobre madre, que ya está muy mayor, se cae de la cama y mi hija, ahora, se dedica a montar caballos de raza y es también una de las mejores amazonas de este país —recordaba la condesa (con aire trascendente).

—No exageres, mamá —le respondía Gertrude—. Todavía aprendo.

—Porque te gusta hacer las cosas bien y en eso nos parecemos.

Su hija prefirió callarse como tantas otras veces. De este modo acababan antes.

FRANZ EIGNER ERA RUBIO PAJIZO, con visible tendencia a la calvicie prematura. Exhibía un bigotito algo coqueto y muy británico, daba la impresión de ser un hombre culto, se fijaba siempre en todo y sabía guardar silencio a su debido tiempo. Una virtud que el doctor Kroete le envidiaba. Tenía también prósperos negocios en Santa Bío-Margarita del Mar donde había adquirido, a precio favorable y gracias a sus excelentes relaciones con el ayuntamiento

de la villa, el Mirador de Peñíscola, en el antiguo camino de los Moros. Allí mandó construir Villa Garbanzo (de una forma relativamente ilegal porque los privilegiados terrenos que ocupaba la finca siempre fueron de dominio público).

—Para mi hija —recordaba con orgullo la condesa.

En aquella hermosa mansión, con grandes vistas al mar y al castillo templario pontificio donde se hizo fuerte un empecinado aragonés al que llamaron el *Papa Luna*, Gertrude, los caballos de Gertrude y Franz Eigner fueron felices. Y al lado mismo de Villa Garbanzo, en Villa Zarina, antigua residencia de Paquita Rius a la que llamaban *la Zarina*, vivían relativamente amancebados la condesa madre, hija del conde ***, y el doctor Kroete, nacido en Chile por culpa del yogur. Manteniendo una extraña relación que a nadie le extrañaba.

—Porque el amor, según nos enseñó un prohombre francés de otro siglo que portaba sus aristocráticos cuernos con cortesana dignidad, siempre será eterno mientras dure —solían explicar a los no iniciados.

—Y yo, además, como André Breton, busco el oro del tiempo —añadía Kroete con extraordinaria seriedad—. Siempre me ha gustado el amarillo y me atrae el lenguaje de los símbolos y su proverbial gramática que tanto nos ayuda a descifrar el alma humana.

—Odia, en cambio, expresar sus emociones —decía la condesa—. Por la atrofia afectiva que padece.

—Mis razones tendré, como el hermano lobo cuando se come las ovejas sin tener en cuenta los consejos de san Francisco de Asís, *il Poverello*, partidario de reglamentar su consumo. Y además me duele mucho la espalda, igual que a los burócratas descompensados y a las conjunciones adversativas. Los médicos dicen que tengo que moverme, pero nunca me recetan la indispensable dirección.

Ambas villas compartían, de cara al mar inmenso de la sonrisa innumerable, una gran terraza con pavimento de Porcelanosa. En ella descansaba de ordinario la histórica mecedora de madera de pino que había pertenecido supuestamente al escritor valenciano Vicente Blasco Ibáñez en su residencia veraniega de La Malvarrosa.

Por el Mirador de Peñíscola deambulaba también un fantasma secular nacido por allí cerca: fray Lebedeo bordaba las tortillas de patatas con cebolla y arrastraba cadenas a altas horas de la noche.

—Forma parte del inventario, aunque no figure en la escritura —le explicaron a Franz cuando compró la finca.

—¿Y es invisible?

—Invisible, limpio y completamente inofensivo si lo dejan en paz. En invierno, además, le da por cocinar manitas de cerdo.

A don Ángel de Calasanz —llamado *Gel*—, el desconocido descubridor de la neurona reina que vivía a la entrada del camino de los Moros, en el *bungalow* del antiguo guarda y jardinero de la finca, le gustaba también sentarse a descansar en la inquieta mecedora de don Vicente, donde fumaba apestosos toscanos de negra hoja que se apagaban cuando querían y se resistían ferozmente a ser consumidos.

—Esta mecedora nos la consiguió Ramiro, el trapero gitano del mercadillo de La Lápida —le había explicado Kroete—. Dicen que las falsifica personalmente con materiales de la época.

Otra de las grandes especialidades de Ramiro eran las camas de hierro del general Cabrera —el Tigre del Maestrazgo— de las que había vendido, a muy buen precio, un gran número de ejemplares a los prósperos propietarios de segundas residencias tan abundantes en la franja costera levantina, mártir de la construcción desmesurada y otros contubernios.

—Martir, pero no incorrupta, para ser un poco más exactos —recordaba Franz Eigner.

Seguía teniendo alma de banquero hipotecario hamburgués y estaba muy al día en la problemática económica, incluyendo las variantes sumergidas de las que podía hacer uso.

—De la que también me beneficio si me dejan.

En la mesa de mármol negro, donde aterrizaban modelos escasamente aerodinámicos de escarabajos, don Ángel de Calasanz dibujaba en un cuaderno de anillas, con hojas de papel canson, formas geométricas elementales y hábiles garabatos del estilo rosacruz.

—Se parecen a mis varices y según el doctor Vallbona, mis varices se parecen también a las de la duquesa de Alba que es más noble que yo —había comentado la condesa.

—Más noble que tú y muchas veces grande de España —le recordó don Ángel—. Con el agravante de que va a los toros siempre que puede y baila sevillanas con el imprescindible desparpajo.

En sus ratos de ocio, aquel hombre enjuto de carácter taciturno, frente ancha y rostro inescrutable que después de una grave crisis, con accesos de neurosis y profundo frío, había peregrinado desde Madrid a Petilla de Aragón, patria del semipremio Nobel don Santiago Ramón y Cajal, meditaba horas enteras. Con los ojos abiertos de par en par y absolutamente concentrado en lo que hacía.

—Para acceder a los arquetipos —le explicaba a la condesa madre (que fue su amante)—. El eterno retorno.

—Te comprendo, *Gel*, pero cada día estás más pálido.

—Por no decir desmejorado debido a las carencias sexuales que padezco ahora. Y a pesar de ello,

mis bacterias me sonríen al microscopio, mis neuronas me adoran y los *Caenorhabditis elegans* con los que trabajo en el laboratorio menean la colita cuando me ven.

—No me extraña si los alimentas personalmente.

A don Ángel le gustaba explicar que las formas geométricas elementales en las que se basa el Universo lo acercaban a la divinidad, aunque no le hiciera falta.

—La tengo superada. Y es otro producto de los que no consumo, aunque respeto a sus adictos.

De vez en cuando *Froken Matilde*, la gata noruega semimontesa que vivía en los vastos territorios de la terraza, se les acercaba con sedosa prudencia y se dejaba acariciar.

Empezaba a hacer calor en Santa Margarita y cantaban también los inquietantes grillos, perpetuamente enamorados, con objeto de atraer a sus semejantes femeninas que nacieron mudas (una circunstancia ventajosa en opinión de los griegos).

—Dentro de poco volarán desordenadamente las libélulas —anunció la condesa madre—. Como todos los veranos.

—Porque se ponen muy nerviosas cuando ven seres humanos —las disculpó el doctor Kroete—. Nosotros en Beron Karavelov, a orillas del Bulgus, las llamábamos “caballitos de bruja”, les aplastába-

mos la cabeza entre las hojas de un cuaderno escolar cuadriculado y estudiábamos las figuras simétricas de colores que generaban. Porque siempre podían parecerse a cualquier cosa.

—Muy mal hecho, Kroete. Tú debiste de ser un niño terrible.

—Toda mi familia era terrible y venida cada vez más a menos desde que fueron expulsados de la Península Ibérica por los Reyes Católicos. Yo tuve un poco más de suerte, viajé por un sinnúmero de países, me hice famoso casi sin querer y en el diván de mi consultorio de Heidelberg, en la Neckarhelle 111, protegidos por una suave manta de vicuña andina, lloraron a lágrima viva muchos prohombres condenados a gobernar la vida económica de la República Federal de Alemania durante los felices años del “milagro”. Mientras la enfermera de los ojos morados, mi gran amor de aquel entonces, les acercaba blancos pañuelos de papel para que fueran enjugándose las lágrimas.

Por delante de la terraza del Mirador de Peñíscola se veían los panzudos barcos cementeros que atracaban algunos kilómetros más al norte, en el muelle de la fábrica de Alcanar cuyos residuos contaminaban tradicionalmente la costa que acabó llamándose “del ladrillo”.

ANTES DE LA PESTE NEGRA, hacia mediados del siglo XII de nuestra era, al pie del Mirador de Peñíscola empezó a extenderse —en torno a una alquería, probablemente árabe— una pequeña población pesquera y campesina que había de llamarse, con el tiempo, Santa Margarita del Mar. Carlos III la elevó a la dignidad de villa y quiso convertirla en capital del Reino por su situación privilegiada a orillas del Mediterráneo. Y a comienzos del siglo XXI, Fernando Gilabert, un alcalde corrupto y ambicioso, asesorado por el doctor Kroete, hizo de aquella sosegada ciudad mediterránea la nueva meca del turismo sostenible.

—¡Más moros, más ganancia! —repetía—. Como suele decirse.

Allí *Paquito* había creado, con su buen amigo Valentín Gurriezo —legendario artífice de la legendaria línea de autobuses Zaragoza-Katmandú-Zaragoza, sin escalas, y primer *hippie* declarado del Reino de Aragón (con novia californiana motorizada que no tardó en abandonarlo en una aldea de los Monegros para rejunarse con un pastor)—, la POWER&SOUL UNLIMITED, un *think tank* o semillero de ideas en el que científicos de todo el mundo trabajaban muy a gusto en torno al huerto, la noria y la palmera del tío Fermín, entre los venerables algarrobos y los olivos personalizados de las tierras de secano. Suaves colinas extendidas en dirección Morella, hacia las prime-

ras estribaciones del Bajo Maestrazgo y la provincia de Teruel.

Eran tierras de rebeldes carlistas —“por Dios, la Patria y el Rey”—, espartanas masías muy dispersas y ceñudos bandoleros armados de trabucos que gustaban de tomarse la justicia por su mano. Porque en tales confines no la había. Abundaban en cambio los barrancos pedregosos con sus respectivas ratas, sus venenosas víboras y sus oscuros alacranes. Y de vez en cuando pasaban por allí modestas cabras blanquinegras, quejumbrosas ovejas y pastores del lugar con auriculares.

—¿Ustedes venden queso? —les preguntaban los turistas.

—Hace tiempo que no. Preferimos comprarlo en el supermercado. No es tan bueno como el nuestro, pero nos sale más barato.

En los sótanos del módulo Miguel Servet, dotado de los más modernos equipamientos e instalaciones, el biólogo molecular balcánico Frankie von Rumanescu, gran aficionado a la bebida, había clonado, a partir de unos fragmentos de vísceras menores adquiridos a precio de oro en el rastro madrileño, al incombustible dictador Francisco Franco.

—Me ha salido algo pequeño —se quejaba— y habla poco en voz muy baja, pero se ve que es él. Por el mal carácter.

Lo tenía bien guardado en un armario metálico climatizado (con baño) y se lo enseñaba solamente a las visitas de confianza.

Frankie von Romanescu era un tipo fornido y solía llevar un fúnebre sombrero negro de ala ancha y un bastón de junco, como los patriarcas gitanos. Presumía de monárquico, festejaba el cumpleaños de oscuros reyes que llevaban décadas disfrutando del exilio, tenía un gran sentido del humor y se hacía querer. Cuando la POWER&SOUL, años después, fue pasto de las imprevistas llamas, sus especialistas se quedaron de la noche a la mañana sin trabajo y algunos de ellos tuvieron que arreglárselas como pudieron. Al biólogo moldavo Pavel Ruspineck, carente de papeles, le tocó ganarse la vida vendiendo, a precios irrisorios, células madre de dudosa procedencia en un *top manta* del metro de Barcelona.

Paquito era incansable y fundó después una ambiciosa comuna libertaria y agropecuaria a la que denominaron —a efectos administrativos y fiscales—, El Paraíso Terrenal Número Dos. Acabó también como tenía que acabar, es decir mal, por la manifiesta falta de rentabilidad que la caracterizó desde un principio.

En aquellos pagos fallaba escandalosamente la mano de obra cualificada, imprescindible en las actividades del ramo. Y la buena voluntad de los protagonistas. Todo el mundo hablaba mucho y producía más bien poco.

—Estos chicos silvestres no están lo motivados que debieran —sostenía el doctor Kroete—. Y es evidente que tampoco saben manejar tractores ni tienen el menor interés en perfeccionarse.

Para evitar futuros conflictos, Franz Eigner abandonó el proyecto de una plumazo, vendió la maquinaria agrícola a precio de chatarra e indemnizó generosamente a los comuneros (entre los que figuraban el augusto Monteagudo, asesinado meses después por un comando naval mientras practicaba el submarinismo, y sus siete grandes enanos centimétricos: Cero Ochenta y Nueve, Cero Noventa, Cero Noventa y Cinco, Cero Noventa y Ocho, Uno Cero Cuatro Primero, Uno Cero Cuatro Segundo y Uno Cero Siete), llegados a Santa Margarita del Mar con el Gran Circo Bokerondo y su principal atracción: la rinoceronta *Cunigunda* que trató de ser libre entre las desiertas montañas del Bajo Maestrazgo y también fue asesinada con alevosía al amanecer, mientras devastaba un bancal de patatas junto a sus mejores amigos, los jabalíes, que la habían nombrado protectora.

Por orden de las autoridades provinciales y con la decisiva intervención del comisario Leonardo Pus que siempre estuvo a su servicio. En nombre de la Ley.

—Y a los que no les guste o les pique les recomendamos que se aguanten o se rasquen, según prefieran —repetía.

—Y tú no fumes tanto, Leonardo. Toserás bastante menos —repetía doña Finín.

—Ya lo sé, cariño, pero el tabaco me consuela.

En Santa Bío-Margarita del Mar proliferaban los consultorios psicológicos y las clínicas dentales especializadas en implantes que podían pagarse a plazos. El centro de la ciudad se había convertido en zona peatonal y el alcalde Gilabert hizo construir espaciosos aparcamientos subterráneos y los puso, por supuesto, a nombre de su esposa, para no llamar la atención de los ciudadanos. También era obligatorio separar las basuras que, según las malas lenguas, volvían a juntarse con notorio desorden. Porque nadie sabía qué hacer con ellas en el vertedero.

A MEDIA TARDE, en la franja mediterránea levantina, entraba puntualmente el revoltoso *ponentet*, la leve brisa de tierra adentro que despeinaba las palmeras africanas.

—Ahora las del Paseo Marítimo nos tienen preocupados —explicó el alcalde Mirall en la tertulia sabatina del Faro de la playa de les Fontetes—, porque la plaga de picudo rojo quiere acabar con ellas y nos cuesta un dineral.

Con gran sorpresa de todos, don Ángel de Cala-

sanz resultó ser también un experto en la cuestión. Y además estaba al día.

—En el caso del picudo rojo, cuyo nombre científico es *Rhyncophorus ferrugineus*, se trata de un robusto escarabajo de color óxido originario del Sudeste Asiático y Polinesia que colonizó la península Arábiga y apareció en España en 1994. Con sus poderosas mandíbulas, las larvas de estos escarabajos de dos a cinco centímetros excavan galerías de hasta un metro en las palmeras y provocan su muerte —explicó—. Estos animales son capaces de oler la savia de sus víctimas a diez kilómetros de distancia y el tratamiento idóneo para recuperarlas es la endoterapia, en la que los plaguicidas se inyectan directamente en el tronco de los árboles afectados.

—Exacto —añadió el alcalde Bartolomé Mirall—. La plaga de picudo rojo no parece tener freno y ese tratamiento nos cuesta alrededor de cien euros al mes.

No era, en realidad, mucho dinero para unas arcas municipales como las de Santa Bío-Margarita del Mar, enriquecidas con la recalificación de terrenos en los felices años del *boom* inmobiliario. Cuando los bancos concedían aún créditos baratos a interminables plazos.

—Sólo hace falta que nos firme usted donde está indicado —les decían a los clientes—. Todo lo demás es cosa nuestra.

—¿Y la letra pequeña?

—Nos ahorra papel. Puede usted leerla despacito y con una lupa si lo desea.

—No hace falta. En un banco como el suyo deposito de antemano mi confianza.

Con todo y ello, Kroete no había conseguido que el excelentísimo ayuntamiento de la ciudad le financiara el Primer Congreso de Garbanzos Oscuros. Destinado a deslumbrar también a sus semejantes.

—Es un fracaso que me duele —admitió—. Tal vez en el alma.

Y volvió a refugiarse en la poesía, como en tiempos más propicios. Era una vieja forma de expresión que le permitía desnudar sus sentimientos, sin grandes disimulos:

*aquí estoy
en mi lugar a dudas*

*dudando de la duda
luego existo
de todo lo demás
apenas sé*

*y buscar la verdad
a estas alturas*

*me parecen ganas
de perder el tiempo*

En la tertulia del Faro de les Fontetes, a cuatro pasos del barranco de los Esquiladores, los sábados —a la hora del café— solía reunirse la flor y nata de Santa Bío-Margarita del Mar.

—Somos sin lugar a dudas lo mejorcito de la ciudad, el *cognac* presume de francés, la deslumbrante cafetera Pavoni nos llegó directamente de Italia con sus relucientes cromados, los cómodos sillones de cuero parecen y son ingleses y por las cristaleras del faro vemos un castillo templario pontificio junto al que rodaron, después de reconstruir las almenas con cartón yeso, la película *El Cid*, una producción de Samuel Bronston protagonizada por Charlton Heston y con Sofia Loren en el papel de doña Jimena —recordaba el doctor Vallbona que ejercía la Medicina en Santa Margarita desde hacía décadas, a gusto de todos, y tenía cierta fama de donjuán—. Yo participé en el rodaje de una sanguinaria batalla, en la playa, aunque pagaban mal, y hacía de muerto con turbante y barba postiza.

Procurando evitar que lo pisaran los caballos y sus caballeros, muy poco acostumbrados a semejantes justas medievales.

—No se puede pedir más —admitía don Ángel.

—¿Y usted qué opina de las adicciones? —le preguntó don Ovidio.

Don Ángel de Calasanz sonrió, seguro de sí mismo. De aquel tema entendía también bastante.

—Muy sencillo —dijo—. Todas ellas, desde la filatelia a la heroína, tienen relación con una trampa que la evolución ha tendido al *homo sapiens*: el circuito de la gratificación que inunda el cerebro de placer, es decir de dopaminas y endorfinas, cada vez que su portador hace algo aconsejable desde el punto de vista de la evolución. El ejemplo más obvio es la práctica del sexo.

—Es posible que tenga usted razón —supuso el cura párroco—. Aunque no conviene que se sepa, para prevenir excesos.

—Ya se sabe o se supone —recordó Manuel Salmón—. Y hoy en día casi nadie se chupa el dedo en estas circunstancias.

—Yo, personalmente, me considero liberal, pero fornicar no deja de ser pecado en la respetable opinión de la Santa Madre Iglesia —sentenciaba don Ovidio—. Exceptuando en el seno del santo sacramento del matrimonio.

Juan Antonio Almansa, de los Almansa de la vecina Alcaroz (“los marqueses de las mandarinas”), era el orgulloso propietario de aquella hermosa torre de piedra rubia de Ulldecona construida hacía poco más de un siglo y declarada monumento de interés nacional por los responsables del sector turístico de la

Generalitat Valenciana. Debido a ello asumía de mil amores el papel de anfitrión.

Un hermano de su padre —el más guapo y rumoso de la familia— había sido víctima de la gripe española de 1918 y todas las putas de Alcaroz se vistieron de riguroso negro, con peineta y mantilla, y asistieron conmovidas a su entierro. Hecho demostrable que las necrológicas locales prefirieron ignorar (porque todo el mundo sabía que en el norte de la provincia de Castellón, los Almansa seguían mandando mucho).

EL CONDE ***, de la antigua nobleza báltica surgida de la orden teutónica y opuesta tradicionalmente a la rusificación en unas tierras de fronteras variables, mal delimitadas, era un hombre apuesto, sin prejuicios con chispazos de bohemio y merecida fama de galante calavera. En un sombrío café cantante del puerto de Helsinki, cerca del mercado modernista del pescado, conoció a una pianista llamada Annika, no tardaron en intimar, la dejó embarazada y se casó con ella.

—Soy un caballero —recordaba—. Con todos los respetos.

Annika y su inseparable hermana Sinikka, que también era pianista, habían nacido en Virrat, cerca

de Tampere, la industriosa ciudad finlandesa de los dos lagos en la que vivió Lenin y cuyo plato típico —la *mustamakka*— era una morcilla de excelente sabor que llevaba un relleno de granos de cebada y solía comerse con arándanos rojos del país o con el inevitable puré de patata.

La hija del conde *** llegó al mundo en el palacio renacentista del norte de Pomerania donde residía la familia. Fue una joven aplicada, estudió idiomas en Lausana y Arqueología en la Universidad de Múnich, excavó en Grecia, México, Brasil, Asia Menor y Egipto, se casó en Viena, engañó a su marido todo lo que quiso, se divorció ventajosamente tres hijos después y llegó un buen día al Bajo Maestrazgo para estar al lado de su primogénita Gertrude que había sido guardiamarina en la Escuela Naval de Kiel cuando se llamaba Gert.

Durante una aristocrática cacería celebrada en los bosques que rodeaban el palacio condal, Gert conoció al ex banquero hamburgués Franz Eigner, artífice de la POWER&SOUL UNLIMITED, destruida años antes por el fuego. Y en el Mirador de Peñíscola de Santa Margarita del Mar, *Paquito* mandó edificar Villa Garbanzo, donde estableció su nueva residencia.

—Será un nido de amor —repetía—. Para que vivamos muy felices de cara al mar.

—Tú y yo —le decía Gertrude.

Una noche, después de una paella mixta preparada por doña Rosa, esposa valenciana de Tunnikar Hamdi, la condesa madre se desmayó en brazos del doctor Kroete y acabó por convertirse en su *maîtresse déclarée*.

—No sé nada de ti galán de noche —le dijo al amanecer—. ¿Fuiste un niño feliz?

—Lo dudo —supuso Kroete—. Y cuando me circuncidaron con ayuda de unas antiquísimas tijeras de plata que trajo a Beron Karavelov mi tío Nabucodonosor sangré poco y lloré mucho, igual que Einstein.

La condesa lo contempló admirada. Era, sin lugar a dudas, un hombre complicado y parecía cariñoso, con cierta habilidad para ciertos ritmos capaces de sacudir el mundo. La idea es de Nabokov.

DE VEZ EN CUANDO Franz Eigner dejaba su despacho presidencial de la Cicer Arietinum Foundation, desde donde comercializaba eficazmente el garbanzo y sus derivados, algunos de ellos de tanto éxito internacional como la garbancina —una pasta o sémola con la adición de oxitocina, la hormona de la confianza y la felicidad— para refugiarse durante tres o cuatro semanas en un monasterio budista militante del norte de la India en el que su compadre Valentín Gurriezo era profesor de Artes Marciales. En aquellas latitudes, *Paquito* vestía con orgullo una

pintoresca túnica de color azafrán abutanado y meditaba largamente frente a un pequeño garbanzo indio de la variedad *desi*. El alma entonces se le esponjaba y se le abrían los poros para que pudiera sentirse mejor comunicado con el Universo. También se sumergía con otros monjes en la contemplación ritual del bardomandala tibetano, que empleaban a diario en las meditaciones sobre el bardo, el estado intermedio entre la muerte y el nacimiento.

—Aquí me siento feliz —repetía Franz Eigner—. Y desde el ventanuco de mi celda veo las primeras cumbres del Himalaya.

—Refresca mucho el espíritu recalentado en tu caso por la creación incesante de plusvalías —asentía Valentín Gurriezo, capaz aún de partir ladrillos con la rugosa frente (sin hacerse daño).

—Menos bromas —se defendía el empresario—. Cada uno a lo suyo y cada cosa a su tiempo.

—Muy bien dicho porque el universo con el que pretendes confraternizar no empieza ni termina. Y en este monasterio budista que te alberga sin pedirte nada a cambio recomendamos siempre vivir con plenitud cada momento de la vida. Para que te olvides también de tus posibles limitaciones.

Después de caerse de la Harley-Davidson en el Bajo Maestrazgo y sufrir una aparatosa conmoción cerebral de la que se recuperó con sorprendente ra-

pidez, aunque perdió el sentido del olfato, Franz Eigner insistió en su vocación de mecenas.

—A mí también me convences como estás ahora, Paquito —le repetía Gertrude—. No hace falta que te crezcas ni que te metas en más líos.

La hija de la condesa madre era una bellísima persona, media un metro ochenta y lo hacía feliz. Nadie supo nunca cómo. A los dos les gustaban mucho las sardinas asadas y el pulpo con alcachofas que era el plato típico de Santa Bío-Margarita.

—Doña Gertrude tiene los pies demasiado grandes y se le nota mucho —murmuraban a veces en el mercado las buenas gentes del lugar—. Algún misterio tendrá.

—Los pies demasiado grandes, los pómulos huesudos y cara de caballo percherón —solían añadir—. La madre, en cambio, es una mujer muy guapa y tiene su predicamento.

En el Mirador de Peñíscola, a menos de un centenar de metros de Villa Garbanzo, también había una confortable cuadra con bastantes moscas en la que residían *Jenofonte* y *Doña Antonia*, los caballos favoritos de Gertrude. Gracias a ellos había obtenido, en los certámenes hípicas de la provincia, innumerables copas exhibidas en las vitrinas iluminadas del salón de Villa Garbanzo y artísticas bandejas de diseño personalizado fabricadas en transparente metacrilato.

—Últimamente las bandejas también triunfan, porque se han puesto muy de moda —comentaba la condesa madre—. Y mi hija se las merece.

—Yo hago lo que puedo, mamá —se justificaba Gertrude—. Otra cosa no sé.

—Pues en tal caso has de procurar disimularlo.

De la cuadra se encargaba Casimiro, un criado con gorra de visera que se había dedicado a la compraventa de ganado en las ferias agrícolas de la comarca hasta que el negocio decayó sensiblemente y tuvo que dejarlo. Era gitano por los cuatro costados, vivía en el barrio pesquero de Santa Bío-Margarita y pasaba por el Mirador de Peñíscola en su ciclomotor dos o tres veces por semana.

—Me parece muy limpio y nunca molesta —lo defendía Gertrude.

—Limpio, atento y educado —añadía la condesa madre—. Su padre, el pobre, sufrió hace algunos años un ataque de apoplejía, se quedó paralítico de medio cuerpo y tienen que llevarlo en una silla de ruedas de segunda mano que les vendió Ramiro.

—Es un modelo alemán de vanguardia y por un precio módico puedo motorizarlo, si lo desean, para evitarle esfuerzos al inválido.

—No hace falta, de momento. Primero intentaremos que se acostumbre.

Algunas tardes, la amante de Franz Eigner se entrenaba en las instalaciones del Club Hípico de Alcaroz cuyo presidente era Juan Antonio Almansa. En su juventud, *Juansa* había viajado por los cinco continentes y conocía las orillas del sagrado Ganges, aunque tal vez no llegara a fornicar en ellas. Porque nadie le dio facilidades y todo estaba bastante sucio.

—Pues sí que es raro —le decían en Almaroz—. El río Ganges tiene fama de quitar las manchas.

Juan Antonio Almansa, entonces, se encogía de hombros, como dando a entender que aquella fama le parecía exagerada y más propia de un detergente que de un caudaloso río sagrado nacido del glaciar de Gangotri en la cordillera del Himalaya.

TODO EMPEZÓ cuando un fragmento microscópico de cierto material marcado por la fuerza de la gravedad repulsiva decidió un día salir de la profunda nada y crear —nadie sabe por qué— los complicados universos que actualmente nos acogen. Sin necesidad de justificarse ni de pedir permiso a nadie. Una actitud muy propia de las partículas elementales y de la gran literatura del absurdo propagada por Samuel Beckett, prodigioso escritor que sufrió mucho en esta vida porque tenía, entre otras cosas, malignos y descomunales callos y juanetes en ambos pies.

—Los caminos de la materia siempre han sido indescifrables —advertía don Ángel de Calasanz—. Y mucho más si es oscura.

—Este último punto no lo tengo muy claro —dijo Kroete.

Y compuso más que puso cierta cara de frágil inocencia.

—No me extraña, amigo mío, y ahí coincide usted con los mejores científicos de nuestra época. Los caminos de la materia no son los únicos indescifrables. Ahí están también los nuestros, por ejemplo.

El doctor Kroete parecía de acuerdo y le echó un vistazo al peludo cactus mexicano de la terraza de Villa Zarina que esperaba, desde hacía muchos años, el glorioso desembarco de don Emiliano Zapata en la playa de les Fontetes. Además de ello, aquel altivo ejemplar de modelo monolito y unos dos metros de altura representaba el eje vertical del mundo conocido. Los fines de semana, la condesa madre ponía a secar en él los funestos calzoncillos de Kroete cuando se decidía a lavárselos (eran un modelo de lunares azules sobre fondo blanco, regalo de su amiga Manuela que cuidaba chimpancés enfermos de sida y hepatitis en un asilo de Almere). Se conocieron en Heidelberg, ya no recordaban cómo, y se veían muy de cuando en cuando por esos mundos.

—Algún día volveré —le decía Manuela cada vez que se despedía—. Los amores que dejan huella no deben descuidarse.

Una vez convencido de que el cactus ceremonial no presentaba novedades dignas de mención, Kroete fue a buscar la botella de Akvavit danés y bebió pausadamente, con don Ángel, unos sustanciosos tragos en las finas copas de peana alta que llevaban grabada la marca del producto que contenían.

—Recién salido del congelador es como mejor fluye y sabe —sentenció *Gel*.

Dos gaviotas reidoras pasaron por encima de ellos, torciendo el cuello para verlos mejor y aterrizaron en uno de los espigones que protegían la playa de los temporales de Levante. Desde allí exploraban el vecino mar y, de vez en cuando defecaban.

—Este universo es una simple burbuja en una hirviente sopa de universos y la cocina puede considerarse el arte de las transformaciones —supuso el doctor Kroete.

—Me da igual —dijo don Ángel de Calasanz—. Los únicos mundos que me inquietan son los pequeños vistos desde cerca. Creo que encierran más secretos y no son tan inaccesibles como las galaxias.

—Lo comprendo —admitió Kroete—. Yo en Berlín Oeste, cuando regresé de Cuba, trabajé en una Escuela Berlitz, como James Joyce, hasta que me enteré de que ganaba menos que la mujer de la limpieza.

—Ganabas menos, pero sabías más —supuso don Ángel de Calasanz para consolarlo—. De lo que tienes derecho a sentirte orgulloso.

El doctor Kroete asintió y puso cara de estar dispuesto a esperar, velando armas, la llegada del gran frío. Porque, en su opinión, era muy probable que no tardara mucho. Y así fue.

AL OTRO LADO de la sinuosa carretera nacional 340, cerca del nuevo hipermercado francés del logotipo azul, la histórica Torre de los Defensores Saguntinos y la POWER&SOUL UNLIMITED —el semillero de ideas de Franz Eigner y Valentín Gurriezo que se fue al garete y sobre cuyas cenizas surgió más tarde la Cicer Arietinum Foundation— había también, en un barranco, un puticlub especializado en servicios a la Tercera Edad.

—El personal siempre es paciente y está todo muy limpio —comentaban los asiduos—. Empezando por las toallas.

Se llamaba La Cueva de Alí Babá y fue fundado en la década de los setenta del siglo XX por un robusto camionero con don de gentes al que apodaban don Maximiliano. Era un hombre simpático y cordial, vestía inevitablemente sudorosas camisetas de felpa con tirantes nacionalistas sobrepuestos y, a su muerte, la gerencia de

la institución pasó a manos de su legítima esposa asesorada por *Lola Todoterreno* que había sido contable durante algunos años en una fábrica cordobesa de conservas de aceituna. Hasta que decidió cambiar de sexo en una clínica de Marbella, dejó de consumir ginebra de garrafa y se sintió mucho mejor, en plenitud de facultades.

Lola era también la amante ocasional del ex comisario Leonardo Pus que mantenía excelentes relaciones con las autoridades castellanenses. Y además la protegía de posibles depredadores (una especie abundante por aquellos hábitats).

Pus, a su vez, estaba casado con doña Finín, madre de Pilar y abuela de Floruel, así llamado porque durante algún tiempo no se supo si era hijo del maestro nacional Florencio Montes que había trabajado durante algunos años en Alemania o de Manuel Salmón. Hasta que decidieron, en última instancia, recurrir a la infalible prueba del ADN.

Vivían todos en la nueva zona peatonal de Santa Bío-Margarita del Mar, en la casa de la calle Aguas que mandó construir el padre de Florencio, funcionario de Correos, y daba por su parte trasera al barranco del Ahorcado, abundante en nerviosas lagartijas, flora silvestre, arrugados plásticos escasamente degradables y ropa blanca caída de los frágiles tendederos domésticos cuando soplabla el feroz viento del Norte que venía de Francia.

Florencio Montes fue acuchillado inesperadamente junto al frigorífico de la cocina del primer piso por aquel Manolo Salmón, poeta lírico estructuralista al que consideraba su mejor amigo. Los dos habían sido contratados algunos años antes por la POWER&SOUL UNLIMITED, el semillero de empresas de Franz Eigner, y trabajaron también en la nueva gestoría contesataria El Anticristo —dirigida por Jesús María Costa Ferrer— que abrió sus oficinas en la plaza Mayor, delante mismo de la iglesia parroquial. En aquellos días de relativa gloria, Florencio sentenció que escribir era dar papel al yo. Y Manolo le dio toda la razón.

—Es un pensamiento muy profundo, digno de un poema —le dijo.

—Puedes inmortalizarlo si te apetece. Y te cedo el *copyright*.

En Santa Margarita, el aterrador *tsunami* del día de san Juan que causó más de doscientas víctimas, muchas de ellas en la interminable playa de les Fontetes, se consideró un castigo de Dios. Bien merecido. Y en el faro, los asiduos a la tertulia entre los que figuraba el señor alcalde de la ciudad, fueron rescatados por los bomberos de Alcaroz provistos de escaleras mecánicas desplegadas importadas hacía poco de Alemania. No sufrieron daños personales, aunque don Ovidio, el cura párroco, pensó que iba llegar el fin del mundo y se desmayó del susto.

—No ha sido nada —repetía—. Estos días ando un poco nervioso.

—Tal vez se deba al exceso de trabajo —supuso venenosamente el doctor Kroete—. Un hombre como usted se debe a sus semejantes.

—¿Y un hombre como usted?

—Yo nunca me he atrevido a desmayarme —dijo Kroete—. Para no tener que recobrar lo que llaman conocimiento.

Por si fuera poco, en aquella ciudad que presumía de capital mundial del turismo sostenible se cometían últimamente numerosos asesinatos (por lo general injustificados). Y en la rama de una vieja palmera del Paseo Marítimo encontraron una mañana un gato ahorcado con un cable revestido de plástico, de los que se utilizan en las conducciones eléctricas.

—No creo que se trate de un suicidio —dijo el policía municipal al que avisaron—. Veo indicios de voluntad ajena.

Lo miraron extrañados y supusieron todos que no estaba muy bien de la cabeza.

—Bebe demasiado —comentó un curioso—. Esas cosas se pagan.

Aquel gato era negro y parecía cimarrón. De los que merodeaban al atardecer por los solitarios muelles del puerto pesquero y se reproducían a menudo,

sin ceremoniosas contemplaciones, entre las muchas redes de nilón verde puestas a secar.

ALGUNAS TARDES el doctor Kroete llamaba por teléfono a Tunnikar Hamdi, el taxista *sij* del Punjab que conducía con destreza un *mercedes* aceitunado y llevaba siempre turbante. La gente, para abreviar, lo llamaba simplemente “el indio”. En virtud de un acuerdo con el ayuntamiento de Santa Bío-Margarita del Mar, el amante de la condesa madre podía disponer gratis y a perpetuidad de aquel medio de transporte, como recompensa a los servicios que había prestado a la ciudad al elaborar hacía algunos años, con ayuda de Jesús María Costa Ferrer, el proyecto que había de llevarla a ser, en muy poco tiempo, Capital Mundial del Turismo Sostenible. Circunstancia que le permitió también añadir, con todos los pronunciamientos administrativos favorables, un sonoro “bío” a su antigua denominación de origen.

—Nos consideramos gente agradecida y tenemos una deuda con usted —recordaba el señor alcalde.

—Me parece bien —asentía Kroete—. Y procuraré no abusar.

Tunnikar, por su parte, había trabajado de médico en el módulo Miguel Servet de la POWER&SOUL UNLIMITED de Franz Eigner y Valentín Gurriezo. Era un *sij*

del Punjab Oriental, educado en Inglaterra. Un hombre delgado, en apariencia misterioso, de barba negra y corazón de oro. En el semillero de ideas de Franz Eigner y Valentín Gurriezo conoció a doña Rosa, una resoluta matrona valenciana de rompe y rasga, con “muchísima leña delante de la cabaña”, como dicen en Baviera, que ejercía de mujer de la limpieza (por horas). Una tarde, el impenetrable Tunnikar Hamdi resucitó el hámster pelirrojo de su hija Rosita, inexplicablemente fallecido.

—Ha sido un milagro —comentaba asombrado el personal.

Y lo abrazaban y le estrujaban peligrosamente el huido tórax para celebrarlo. Entonces el escurridizo *sij* del turbante y la gabardina inglesa recurrió a la huida y se puso a salvo. Doña Rosa, en todo caso, acabó casándose con él y cuando la POWER&SOUL dejó de existir a consecuencias de un pavoroso incendio cuyo origen nunca pudo aclararse, Tunnikar Hamdi decidió establecerse de taxista en Santa Margarita y se ganaba bien la vida.

—¿Y esta tarde, sin ánimo de ofender, a dónde vamos, *sahib*? —le preguntó.

—Al hipermercado del logotipo azul y después a La Cueva de Alí Babá, junto a La Torre de los Defensores Saguntinos —dijo el doctor Kroete—. Es un lugar muy agradable para nosotros, los de la Tercera Edad.

—Y no sólo para ustedes —precisó Hamdi.

En el hipermercado francés del rótulo de neón azul, Kroete compró flores amarillas para *Lola Todoterreno*. Le pareció poco y adquirió también una caja de bombones de chocolate belga rellenos de licor de menta. Tunnikar eligió una sandía de tamaño considerable y prometedoras resonancias para doña Rosa.

—Ese verde de la sandía no te hace juego con el del tocado que ahora llevas —señaló el doctor Kroete—. Y en los meses de verano hay turbantes de color naranja, mi querido Hamdi, que pueden ser más refrescantes.

Frente a la puerta principal del establecimiento había una maceta cilíndrica de enormes dimensiones con un modesto cactus de raquílica apariencia. Y en la pobre maceta, un letrero que ponía: “No soy un basurero, soy una planta” (porque los compradores arrojaban allí mismo las colillas y todo género de desperdicios, sin respetar a los seres vivos del reino vegetal que, en teoría, trataban de alegrarles la existencia).

El doctor Kroete y Tunnikar Hamdi se dirigieron después a la Cueva de Alí Babá, en el barranco del Drach, dejaron el *mercedes* debajo de un frondoso algarrobo y llamaron a la puerta de atrás, una zona más discreta y con menos bombillitas de colores que la fachada.

—La consigna, por favor —les pidió una voz femenina.

—Por supuesto —respondió Kroete—. “¡Con usted, mi coronel, hasta la ignominia!”.

Era lunes y había poca gente. Kroete y Hamdi se acomodaron en la barra y pidieron ron cubano del añejo.

—¿Con hielo o sin hielo?

—Con hielo y agua mineral sin gas.

—¿Algo más caballeros?

—Hemos venido con ánimo declarado de robarles algunas de las muchas algarrobas que caen ahora del árbol de la entrada y de ver a doña Lola —explicó Kroete—. Seguro que se alegra.

En efecto. *Lola Todoterreno* los recibió con evidente satisfacción en su despacho desde el que controlaba, mediante una batería de monitores de televisión, la totalidad de las instalaciones (incluyendo las escenas de cama). Vestía un conjunto danés de látex escarlata excesivamente ajustado. Y además de administrar las instalaciones atendía casos especiales de alto riesgo.

—Hace poco hemos implantado la tarifa plana absoluta —les explicó.

—¿Y qué tal? —dijo Kroete—. ¿Abusan mucho?

—No abusan nada, nos funciona sin problemas y a la gente le gusta porque sabe de antemano lo que va a gastarse. ¿A qué se debe el placer si es que puede saberse?

—Queríamos verte. Aquí tienes unas flores amarillas en prueba de amistad y admiración. Y unos bombones belgas rellenos de licor.

Se tomaron otro ron, hablaron de los malos tiempos que corrían y luego regresaron tranquilamente al Mirador de Peñíscola sin mayores ceremonias. Con dos grandes bolsas de algarrobas para los caballos de Gertrude. Hacía calor y el severo uniforme de la gerente de La Cueva de Alí Babá debía de suponerle un laborioso sacrificio.

—Servidumbres del vicio del que vivimos —la consolaba a veces el inspector Pus—. Los envases de lujo, aunque resulten incómodos, siempre realzan el producto

—¿Y el hámster pelirrojo de la hija de doña Rosa cómo lo resucitaste? —le preguntó Kroete a Tunnikar Hamdi durante la vuelta—. ¿También haces milagros?

—No lo resucité, *sahib* —dijo Hamdi, acariciándose el turbante—. Me lo llevé en una caja de cartón y al día siguiente le traje del laboratorio del módulo Miguel Servet otro igual. Porque todos los hámster se parecen.

El doctor Kroete ni siquiera se admiró. Hamdi era un hombre de múltiples recursos y un buen chófer con los necesarios reflejos. Predicaba también el amor fraterno, tenía fama de paciente y llevaba al cinto una daga (por imperativos de su religión al parecer).

—Es más bueno que el pan —explicaba su esposa, muy devota de san Alberto el Flagelado (mártir romano con sobrada fama de milagrero), pero esa daga forma parte de su identidad y no se siente a gusto sin ella.

Tunnikar Hamdi, de vez en cuando, se ajustaba en silencio el turbador turbante de color pistacho.

—Fue tan sólo un capricho de mi esposa —confesó por fin.

—Te sienta divinamente —dijo Kroete—. Me refiero al turbante. Y a veces tengo la impresión de que ocultas también cierta vocación de truhán.

Hamdi, entonces, puso cara de ofendido. En términos orientales, es decir sin exagerar.

—Todos lo somos —comentó.

El doctor Kroete se consideraba un hombre de naturaleza comprensiva con cierta tendencia a ensimismarse en el momento menos pensado, como Sócrates, y si resultaba fácil le gustaba quedar bien.